

para dejar el reino de *Guillermo II*, y entrar en el de *Federico Guillermo IV*.

PRUSIA.

¡Ay qué noche!

Al llegar en estos mis apuntes de viaje á la memorable noche en que los dos viandantes exclaustros hicimos el tránsito de Holanda á Prusia, yo debería exclamar con el hermano Ovidio :

*Cum subit illius nocti imago,
cum repeto noctem quæ tot mihi cara reliquit,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.*

Quando recuerdo la maldita noche
en que dejando los Países-Bajos
á Alemania pasé, casi á mis ojos
sin poderlo évitár, asoma el llanto.

Y aun pudiera decir con la virgen : « ¡oh, vosotros todos los que andáis por los caminos ! atended y decid si es vuestro dolor como mi dolor. »

Apuro 1º. De dos modos se hace el viaje de *Nimega á Prusia*, ó en vapor por el Rhin arriba, ó en la posta ó diligencia-correo por tierra. Pero el rio bajaba casi desbordado por efecto de las anteriores lluvias, y teniendo el vapor que navegar contra la corriente tardaba mas que la diligencia. Preferí pues esta, y nos acomodamos amo y lego en la berlina, que aunque estrecha, era bastante cómoda para los dos á pesar de los voluminosos coturnos de Tirabeque. No bien comenzábamos á felicitarnos de ir los dos solos con tal cual holgura, cuando empezó Cristo á padecer embutiéndosenos dentro el conductor, que no era un alfenique, y poniéndonos en prensa de tal modo que parecia haberse propuesto litografiar el brazo derecho de Tirabeque en el izquierdo mio. Yo le expuse la incomodidad que nos causaba, y me contestó en aleman lo que él sabria, y yo no he podido saber hasta ahora. No sé mas sino que no nos entendíamos. Para consuelo nuestro entraba y salia cada seis minutos, y cada vez que entraba y salia, entraba tambien un vienteillo nocturno que nos baldaba.

Así siguió hasta la raya de Prusia, en que salió para no volver, pero no sin reemplazarle un dependiente de la aduana armado de

todas armas ; nosotros nos armamos tambien, pero fué de paciencia. Á las nueve de la noche llegamos á la primera aduana de Prusia. Apeámonos viajeros y bagajes para el oportuno reconocimiento. Esta fué la única estacion de que salimos felizmente librados aquella noche : nuestros equipajes fueron los únicos que no se bajaron, ni fueron reconocidos. Los dependientes nos dirigieron varias veces la palabra : nosotros contestamos otras tantas con el « *je ne comprends pas,* » porque así era demasiado cierto : y ellos amostazados sin duda de no entendernos á nosotros, nos dejaron por cosa pérdida. Ello es que ni nos registraron ni nos pidieron los pasaportes.

La hermana aduanera. El reconocimiento del de los demas, hasta doce que eran nuestros compañeros de viaje, fué escrupuloso y detenido. Notamos que todos los géneros de adeudo se pagaban al peso, lo mismo las telas, que los quesos, que los barriles de vino, y que otras varias frioleras que nuestros conviajantes llevaban. Tres eran los dependientes ; el uno registraba, el otro pesaba, y el otro anotaba : item mas una *hermana aduanera*, que todo lo husmeaba, que en todo ciscoleteaba, que en todas las operaciones intervenia, y que se mostraba mas escrupulosa y mas intolerante que todos juntos. En Francia, Bélgica y Holanda, habíamos visto á las mujeres desempeñar oficios varoniles en los comercios, en los cafés, en los templos : en los museos, en las bibliotecas y universidades, pero en las aduanas ni las habíamos visto ni nos lo habíamos nunca imaginado. Pedimos aclaraciones sobre el empleado-hembra á dos de nuestros compañeros, y ambos nos contestaron en aleman ; nos convencimos de que en aquella jornada ni nos entendian ni entendíamos, y no volvimos á hacer mas preguntas.

Al cabo de média hora larga proseguíamos nuestro viaje, y á eso de las diez y média llegamos á *CLEVES*, ciudad de ocho mil habitantes y capital del antiguo ducado de este nombre, en el centro de una floresta, que dicen ser el *sacrum nemus* de Tácito.

Apuro 2º. Allí tuvimos que tomar nuevos billetes, lo cual nos hicieron entender por señas. Dirigímonos al despacho, porque allí se dirigian los demas. Un empleado debió preguntarnos para dónde queríamos los billetes, pues habiendo contestado yo por conjetura, « para *Dusseldorf,* » se puso á extenderlos, y los pasó á mi mano, pronunciando algunas palabras entre las que percibí « *thallers y good-groschen* : » esto y el señalarme á las monedas me dió á entender que aquellas palabras marcaban el precio de

cada billete. Pero ni yo llevaba moneda del país, ni sabía entonces lo que valia un *thaller*, ni un *good-groschen* ó *silvergros* ni ménos los *thaller*, ni *silvergros* que por cada billete me habia pedido. Saqué pues unos cuantos *florines* de Holanda, y púselos sobre el mostrador, para que él los redujera á moneda del país, y cobrara de allí su importe á buena conciencia. — Señor, me decia Tirabeque, Vd. parece tonto; ¿no ve Vd. que si mucho dinero da mucho tomará el administrador este? No, sino que serán bobos los señores alemanes. Pero aun me fueron devueltos un *Frederik* y algunos *bons-gros*.

En *Cleves* se hizo el primer cambio de carruajes. Hasta allí habíamos ido todos en una misma diligencia: de allí partieron tres coches á un tiempo: el uno tiró sobre la izquierda; los otros dos marcharon de frente, y el nuestro se dirigió por la derecha: era una berlina de cinco asientos, abierta por delante: entraba un aire frio que nos helaba: me quejé de ello á los tres nuevos compañeros que llevábamos, me contestaron no sé qué en alemán, y con esto, y con la oscuridad de la noche, y con el nortecillo fresco que entraba, y con el humo de sus tres pipas, y con no saber si íbamos perdidos ó acertados, y con preguntar si íbamos bien para *Dusseldorf*, y con no comprender lo que nos respondian, la marcha; voto á mi padre San Francisco! era divertida y amena á no poder mas.

Apuro 3º. El tercer apuro de aquella noche toledana fué en SANTEM, que dicen ser la *Sancta-Troya*, ó *Secunda-Troya* de Tácito ó sea la *Colonia Trajana*, signo verdadero de haber habitado aquellas tierras en otros tiempos los romanos. ¡Ojalá las hubieran habitado todavía! Á lo ménos hubiera podido entenderme con ellos mejor que con los alemanes. Allí nos volvimos á apear, y despues de habernos hecho tomar el fresco en la calle por espacio de un cuarto de hora miéntras ellos hacian sus cambios de carruajes, vimos partir dos de estos. Á nosotros nadie nos decia una palabra. «Conductor, ¿cual es nuestro coche?» Nada. El silencio y el misterio era su contestacion.

Por fin se presentó otro coche: nos intimaron por señas que subiéramos á él: subieron ántes otros dos. Yo al tiempo de haberlo, entregué al conductor mi paraguas, un cestito en que llevaba dos mapas, algunos libros para mi entretenimiento en cuanto fuera de día, y algunas otras baratijas que al viajero conviene llevar á la mano. Luego que me acomodé, reclamé al con-

ductor las prendas que acababa de entregarle; no sé qué me contestó; lo que sé es que las prendas no volvieron á parecer.

Cum repeto noctem quâ tot mihi cara reliqui.

Apuros 4º y 5º. Rompió á andar el coche. El conductor sabia dónde nos llevaba, que nosotros no. Otros dos relevos nocturnos nos quedaban todavia, ó lo que es lo mismo, otros dos apuros, uno en *Esehemberg*, y otro en *Urdingen*. En ambos pueblos se repitió el cambio misterioso de carruajes. El frio era intenso: nadie nos entendia; á nadie entendíamos; nadie nos hacia caso; Tirabeque rabiada con desesperacion; yo me reia desesperadamente; él se daba á los diablos; yo repartía los «por-vidas» entre Belcebú y mi padre San Francisco; y nuestro solo y único consuelo era cuando yo le decia al conductor: «*Monsieur le conducteur, à Dusseldorf,*» y él me respondia: «*Oui, Monsieur, Dusseldorf.*» Únicas palabras francesas que sabia, pero al fin las suficientes para tranquilizarnos de que nos llevaba á *Dusseldorf*, y no á los infernos.

Los carruajes los veíamos cambiar, pero jamas vimos trasladar los equipajes: preguntábamos por ellos, pero era excusado; ó fiarnos respondian, ó era igual que nos respondieran ó no; de consiguiente los contábamos ya con los difuntos. Por fin de fiesta antojósele á Tirabeque ponerse malo: acometiéronle fuertes dolores de vientre, que sufrió (porque no tenia otro remedio) hasta el pueblo en que se hizo el último relevo nocturno. Allí entramos en la casa administracion, pedimos á una mujer una taza de café ó té: no sé lo que la mujer respondió, porque no la entendí; lo que entendimos fué la seña del conductor intimándonos volver á subir al carruaje. Este fué el 6º apuro.

Si alguno cree que el viajar por países extraños es todo placer, y todo tortas y pan pintado, acuérdesese de la noche del tránsito de Fr. Gerundio y Tirabeque desde Holanda á Alemania, y diga con Pelegrin: «¡Oh vosotros todos los que no sabéis lo que es andar por los caminos, atended á estos apuros, y contemplad si es todo diversion y gloria!»

Al fin quiso Dios que viniera el dia, que ya llegábamos á sospechar si las noches toledanas serian cortas con respecto á las noches prusianas; salió el sol; y poco faltó para que en nuestra alegría le adoráramos como divinidad *more gentílico*. Hallámonos á la orilla izquierda del Rhin; pasámos el rio por un puente de barcas, y llegámos á las nueve de la mañana á la casa de postas

de *Dusseldorf*. Tirabeque se sintió algo aliviado; yo creo que su dolor de vientre era una corajina. Nuestro equipaje fué el primero que se bajó del coche: cómo le habían trasladado tantas veces de uno á otro carruaje sin verlo, es cosa que no he podido apear hasta ahora.

DUSSELDORF.

Su categoría.

No habia yo creído que DUSSELDORF tuviera el rango y la importancia que tiene entre las ciudades prusianas. Pero ella es la capital del Gran Ducado de *Berg*: y aunque no lo es de la provincia de *Cleves-Berg* á que pertenece, es cabeza de regencia y de círculo, y comprende en su jurisdicción veinte y cinco ciudades, nueve villas y cuatro mil cuatrocientos cincuenta lugares ó aldeas, divididas en doce círculos.

Porque es de saber, que los Estados Prusianos (PREUSSISCHEN STAATEN) están divididos en diez provincias, veinte y siete regencias y trescientos treinta y siete círculos. Y no es extraño que la regencia de *Dusseldorf* abarque veinte y cinco ciudades y solo nueve villas, porque en el reino de Prusia, al revés que en todos los demas sucede, son ménos las villas que la ciudades, como que tiene nada ménos que mil veinte y una ciudades y solamente doscientas noventa y dos villas. Así es que la mayor parte de los prusianos viven en ciudades populosas.

Si importante es DUSSELDORF por su rango y categoría, no lo es ménos por su industria y su comercio. Ella es una de las diez y ocho plazas mercantiles que se cuentan como principales en Prusia: ella es el depósito general de las mercancías de Holanda, Alemania y Suiza; y favorecida por su posición á la margen derecha del Rhin, su puerto está constantemente cuajado de vapores y de buques mercantes. Ella es el centro industrial de la celebradas manufacturas de hierro del país de *Berg*, de los abundantes tejidos de hilo, lana y algodón de la provincia de *Cleves-Berg*, y solo en la regencia de DUSSELDORF han llegado á contarse cinco mil quinientos cuatro telares de seda.

Considerada con relacion á su belleza, *Berlin*, *Postdam* y *Dusseldorf* son las tres ciudades de Prusia que se citan como las mas hermosas de aquellos Estados. Así debe ser en efecto, por-

que solo sus cuarenta y cuatro calles anchas y tiradas á cordel y sus nueve paseos públicos, bastan para contarla entre las poblaciones mas bonitas de Europa.

La fonda y el mercado.

De la casa de postas nos trasladamos á la fonda ú hotel *de las Tres Coronas Imperiales* en la plaza *del Mercado*. Púsose Tirabeque á mirar el magnífico rótulo que en el gran tablon de sobre la puerta habia, y se encontró que decia lo siguiente:

GASTHOF zu den

DREI REICHSKRONEN

bei C. Beekinge in DUSSELDORF.

«¡ Ay mi amo, mi amo! exclamó: poco entendia yo ya el latin de los Paises-Bajos, però lléveme el diablo si del latin de Prusia entiendo una sola jota. — Eso no está en latin; simple, sino en aleman; ¿no ves qué estamos en Alemania? — ¿Cómo en Alemania, señor? ¿pues no estamos en Prusia? ¿en que quedamos? Unas veces dice Vd. que estamos en Prusia, otras que en Alemania: he mirado los dos mapimundis que traíamos antes de perderse, y en uno he visto á *Dusildor* en Alemania, y el otro me pone al mismo *Dusildor* en Prusia; ¿se puede saber de cierto en qué tierra se encuentra un hombre? — En Prusia y en Alemania á un tiempo, Pelegrin, y ambos mapas tienen razon, porque la Alemania es hoy una parte del reino de Prusia, y estas provincias del Bajo-Rhin, que se nombra Prusia Rhenana, están en la Alehania. — Acabáramos de entendernos, señor: crea Vd. que me tenia á mí medio loco esa ortografía. — Geografía dirás, hombre, qué no ortografía.»

Entramos en el hotel: un apuesto *garzon* salió á recibirnos, y nos preguntó no sé qué en aleman: dijele que no entendiamos el aleman, y nos habló en inglés; le dije que tampoco éramos ingleses, y entonces llamó á otro compañero que poseia el frances, y con él nos entendimos, y con él subimos á la habitacion que se sirvió destinarnos. Subió tambien al momento el patron á preguntarnos si queríamos almorzar, si queríamos lavarnos y afeitarnos, si queríamos fuego ó queríamos dormir. — Todo lo quiero, sí, señor, respondió Tirabeque, porque todo me hace falta, pero prin-